

SI SE ALTERA EL SENTIDO DE UN CONCILIO...

El 5 de septiembre pasado la Congregación para la doctrina de la fe hizo pública la Declaración Dominus Iesus. Las reacciones no se hicieron esperar. ¡Era tanto lo que en los últimos decenios se había trabajado conjuntamente y se había avanzado en el campo ecuménico! Prueba de ello era la «Declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación» suscrita el 31 de octubre de 1999 entre la Federación Luterana mundial y la Iglesia Católica romana (véase ST n° 156, 2000, 274-282). Por esto no puede sorprender que se planteen una serie de preguntas: ¿ha sido oportuna la Declaración en la conjuntura actual del diálogo ecuménico e interreligioso? Y más en particular, respecto a su postura eclesiológica: ¿no distorsiona la tan trabajada como famosa expresión (la Iglesia de Cristo) subsistit in Ecclesia catholica, al interpretarla en el sentido exclusivo -que no asertivo- de «es», «se identifica con», la Iglesia católica? Éstas son las preguntas a las que se propone responder el presente artículo.

Wenn ein Konzil umgedeutet wird..., Orientierung 64 (2000) 199-200.

Una primera impresión de las posiciones -favorables o críticas- ante la Declaración *Dominus Iesus* nos deja perplejos. Por una parte, se asevera que en ella no hay nada nuevo. Por otra, se expresa una profunda decepción respecto a las expectativas ecuménicas que se consideran malogradas por ella. Así, por ej., Manfred Kock, presidente del Consejo ecuménico alemán, habla de un recrudecimiento de la concepción tradicional de la Iglesia católico-romana y de un retroceso de la causa ecuménica. Por su parte, George Carey, Arzobispo de Canterbury, afirma que, aun sin decir nada nuevo, la Declaración romana ha alcanzado «el nivel más profundo de incompreensión» en el diálogo ecuménico de los últimos treinta años.

De ahí que se plantee la cues-

tión de si el diálogo ecuménico y la colaboración de las Iglesias durante los últimos decenios estaban montados sobre unas discrepancias fundamentales de base respecto tanto a las condiciones como a las opciones del ecumenismo.

Si esta interpretación de las reacciones a la Declaración cuadra, no resulta en absoluto tranquilizadora, pues habrá que responder a la acuciante pregunta sobre cómo se han podido producir incompreensiones y autoengaños tan persistentes. La misma Declaración, tanto en su objetivo como en su redacción, está dispuesta de forma que, al no aceptar tal pregunta como dirigida a la Iglesia católica, carga toda el peso de la respuesta en los participantes en el diálogo ecuménico e interreligioso. Así, cuando en la

introducción se expone el motivo de la publicación de la Declaración se dice: «La praxis y la profundización teórica del diálogo entre la fe cristiana y otras tradiciones religiosas suscitan nuevas cuestiones que se intenta afrontar emprendiendo nuevos caminos de investigación, desarrollando propuestas y generando actitudes que requieren una gran capacidad de discernimiento. La presente Declaración desearía recordar a los obispos, teólogos y a todos los fieles católicos algunos contenidos doctrinales indispensables que pueden contribuir a que la investigación teológica madure soluciones que se ajusten al dato de la fe y respondan a las necesidades culturales de nuestro tiempo» (nº 3).

No cabe sino estar de acuerdo con esta descripción formal. Pero, cuando uno busca en el texto los pasajes en los que se describen las «nuevas cuestiones» que plantea el diálogo interreligioso, no encuentra sino la siguiente exposición restrictiva: «Por esto hay que *mantener firmemente* como verdad de la fe católica que la voluntad universal de salvación del Dios uno y trino se ha realizado y ofrecido una vez para siempre en el misterio de la encarnación, muerte y resurrección del Hijo de Dios. Teniendo presente esta afirmación de fe, se invita a la teología actual a reflexionar sobre la existencia de otras experiencias religiosas y de su significado en el plan salvífico de Dios y a investigar si y cómo pueden pertenecer al plan salvífico de Dios formas y elementos

positivos de otras religiones. En este ámbito hay un amplio campo de trabajo para la teología bajo la dirección del magisterio de la Iglesia». Aun considerándola como un resumen, esta descripción, junto con el rol limitado que se les asigna en ella a los teólogos, no hace justicia a la riqueza y complejidad de los logros que el diálogo ecuménico e interreligioso ha obtenido para la fe cristiana en los últimos decenios.

La Declaración no advierte cómo las experiencias de la acción común a favor de la justicia y de los derechos humanos han modificado la autocomprensión de las distintas religiones e Iglesias. Incluso respecto al método resulta insatisfactoria la descripción que hace la Declaración, pues, en el mismo pasaje, habla de las religiones de una forma abstracta, *sin sujeto*, y no advierte que la Iglesia católica se había obligado a hacer suyos «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias, en especial de los pobres y oprimidos» de manera que sean «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los discípulos de Cristo» (G.S. nº 1).

Estas dos circunstancias tienen graves consecuencias para la argumentación de la Declaración en su totalidad. Al probar que la fe católica es incompatible con una teología pluralística de las religiones, no se encuentra referencia alguna a cómo sus representantes desean lograr *al mismo tiempo* el conocimiento del ser distinto de las religiones y su reconocimiento. En cambio, no se

excluye que esta opción no sea considerada por la Declaración como obligatoria para la Iglesia, cuando se afirma: «Este diálogo (interreligioso), que pertenece a la misión evangelizadora de la Iglesia, lleva a una actitud de comprensión y a una relación de conocimiento y enriquecimiento mutuo, o sea, de obediencia a la verdad con respeto a la libertad» (nº 2). Con ello, la Declaración ofrece elementos para el debate, teológica e interreligiosamente necesario, acerca de la utilidad y los límites de una teología de las religiones, pero al mismo tiempo desperdicia la gran oportunidad de proporcionarle una contribución que vaya más allá desde el punto de vista de la reflexión hermenéutica.

Qué significa «subsistit in»?

Esta última limitación podría rechazarse como poco equitativa, si se recuerda el objetivo que se propone la Declaración: «La presente Declaración desearía recordar a los obispos, teólogos y a todos los fieles católicos algunos contenidos doctrinales indispensables referentes a esta temática» (nº 2). Según esto, es evidente que la Declaración no quiere proponer ninguna enseñanza ulterior. Pero lo que, de palabra, no quiere hacer lo hace *de hecho*. De ahí la crítica y la decepción de los participantes en la tarea ecuménica, aunque algunos no lo expresen.

En la Declaración se cita un pasaje de la *Lumen gentium* del Vaticano II: «Esta Iglesia consti-

tuida y ordenada en este mundo como una sociedad, se realiza en (*subsistit in*) la Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los obispos en comunión con él». A continuación se añade la siguiente interpretación de dicho pasaje: «Con la expresión *subsistit in* el Vaticano II quería compaginar dos principios doctrinales: por una parte, que, pese a las divisiones de los cristianos, la Iglesia permanece plenamente sólo en la Iglesia católica y que, por otra, fuera de su estructura visible, se encuentran variados elementos de santidad y de verdad en las Iglesias y comunidades eclesiales que no están en plena comunión con la Iglesia católica. Respecto a ellas hay que decir que sacan su eficacia de la plenitud de gracia y de verdad confiada a la Iglesia católica. Existe, pues, una única Iglesia que subsiste en la Iglesia católica» (nº 16 y 17).

Esta interpretación exclusiva la argumenta la Declaración en una nota a pie de página: «La interpretación auténtica del texto del Concilio se opone, pues, a la interpretación de los que, de la fórmula *subsistit in* deducen que la única Iglesia de Cristo puede realizarse también en otras Iglesias cristianas». Y aduce como prueba la *Notificatio* de la Congregación para la doctrina de la fe al libro de Leonardo Boff *Iglesia: carisma y poder*: «Por el contrario, el Concilio ha escogido la palabra *subsistit* justamente para dejar claro que sólo existe una única *subsistencia* de la verdadera Iglesia y que fuera de su estructura

visible sólo hay "elementos del ser de la Iglesia", los cuales, por ser elementos de la misma Iglesia, tienden y conducen a la Iglesia católica».

Ya en 1985 el entonces Presidente de la Asociación teológica italiana, Luigi Sartori, hace constar que, en este punto, la *Notificatio* no reproduce correctamente lo que Leonardo Boff dice, si es que supone que Boff equipara por principio la Iglesia católica con las otras Confesiones cristianas. Por si fuese poco, con su interpretación exclusiva del *subsistit*, la *Notificatio* contradice la intención por la que el Vaticano II usó dicha expresión.

La historia de la redacción del nº 8 de la *Lumen gentium* nos proporciona una evidencia de lo que acabamos de decir. La Comisión teológica, a la que, entre la 2ª y la 3ª sesión del Vaticano II se confió la reelaboración del nº 8 de la *Lumen gentium*, fundamentó el cambio del *est Ecclesia catholica* por el *subsistit in Ecclesia catholica* indicando que, conforme a los hechos, esa nueva formulación respondía a la siguientes frase añadida en el borrador del texto: «Esto no excluye que, fuera de su estructura, haya que encontrar diversos elementos de santidad y de verdad que, como dones propios de la Iglesia de Cristo, aspiren a la unidad católica».

Varias veces la Comisión teológica repite esta propuesta suya. Pero además, en el pasaje en el

que explica la estructura del nº 8 concluye explícitamente: «El anuncio del misterio acontece en la Iglesia católica juntamente con fuerza y debilidad, o sea, en las relaciones de la pobreza y de la persecución, del pecado y de la purificación, a fin de que la Iglesia se asemeje a Cristo que no tuvo pecado. El tema de la pobreza se especifica algo más, tal como era el deseo de algunos Padres. Pero la Iglesia supera todas estas dificultades mediante la fuerza de Cristo y por el amor, por el que manifiesta el misterio -ciertamente entre sombras- hasta que alcance luz plena.» Por consiguiente, la Comisión teológica junta aquí la cuestión del carácter eclesial de las Iglesias no-católicas y de las comunidades eclesiales con la forma histórica de la Iglesia como comunidad que sigue a Jesús.

Remontando a la historia de la redacción del nº 8 de la *Lumen gentium* se confirma la crítica de Eberhard Jüngel a la Declaración: una formulación que durante el Concilio había significado una apertura al ecumenismo, ahora, 35 años más tarde, le cierra el camino. Añade las catastróficas consecuencias que tal cambio acarreará en el interior de la Iglesia católica. Pues lo que antes escondía en sí esta fórmula de potencial autocrítico, ahora se ha trocado en consigna de una pretensión incondicional.

Tradujo y condensó: MÀRIUS SALA